



SANDRA AZA

LIBELO  
DE  
SANGRE

Cuando la fe en Dios  
encendía corazones, pero los delitos  
contra ella prendían hogueras.

Sandra Aza



Libelo de sangre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sandra Aza, 2023

Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Ilustración del interior: © Wikimedia

Primera edición: septiembre de 2023

Depósito legal: B. 13.221-2023

ISBN: 978-84-08-27660-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## EL PARTO

*Madrid, 1 de febrero del año 1621 de Nuestro Señor*

La tormenta arreciaba con tal violencia que el cielo parecía presto a derrumbarse sobre la tierra.

Luisa procuraba serenarse, pero el pánico le había diluido el coraje y no lograba mantener la calma. Igual de azogado andaba su cuerpo y, como resultado de ello, no solo temblaba de miedo; también lo hacía de frío.

El gélido viento le azotaba el rostro, lloraba lágrimas de nieve, goteaba escarcha por la nariz y su boca achicaba relente expulsando nubes de vaho.

Renqueante y encorvada, vagaba rumbo a ningún lugar. El parto se avecinaba y no se sentía capaz de afrontarlo. No así. Sola, de noche, en mitad de un temporal, al raso y en los albores de un febrero sañudo como pocos.

Su padre siempre decía que, aunque un estómago vacío hincaba rodilla en cualquier época, el invierno solía precipitar el colapso porque, cuando se adueñaba del calendario, ese creador de esqueletos que era el hambre hallaba en largos ocasos e impías temperaturas magníficos aliados en su conjura contra los hijos de Dios.

Esta reflexión alcanzó tales cotas de realidad en aquellos días de 1621 que ni los más ancianos recordaban nada similar.

Alfombrando el barro de un Madrid aterido donde los bui-

tres ya volaban bajo, decenas de indigentes capitulaban ante los tres almirantes de la muerte: el frío, la noche y un ayuno invicto que disecaba todo brío salvo el del sufrimiento.

Quizá por eso, en la desventurada liga que formaban los prisioneros de la calle, nadie se despedía del sol hasta mañana. Tampoco Luisa. Al igual que sus compañeros, temía no volver a verlo, segura como estaba de que la Parca acechaba y de que, en algún momento, aprovechando el arrullo de la luna, se deslizaría sigilosa entre sus costuras, le incautaría el sueño y lo convertiría en eterno.

Pensando que acaso dormir bajo tierra fuera menos enojoso que penar sobre ella, Luisa continuó su errante peregrinar. De repente, tropezó con un cadáver y cayó de bruces.

—¡Condenada burla! —masculló, ofuscada—. El cuerpo de los demás rindiéndose a la muerte y el mío bullendo vida.

Trató de incorporarse, pero una ráfaga de viento la tiró de nuevo al suelo. Como el vendaval no amainaba, se quedó allí durante un rato, extenuada, inerte, desmoronada encima del cadáver que la había zancadilleado y envidiando al propietario de aquella famélica osamenta apenas recubierta de pellejo. Al fin y al cabo, había abandonado un mundo miserable y eso ansiaba ella.

Cerró los ojos rogando que un desmayo los apagara y el delirio la transportase a un lugar más cálido. Aunque solo fuera un momento; aunque solo viajase en el carro de la ficción. Sin embargo, ningún vahído, síncope o letargo vino a secundar sus ganas de evadirse. Al revés: un agudo pinchazo le acalambró el vientre con tal fiereza que por un instante se temió víctima de un rayo.

—Si el Altísimo no se hubiera olvidado de una servidora, ya mismo me traería a los del Pan y el Huevo —jadeó mientras se apretaba la abultada barriga y se apoyaba en el difunto para levantarse.

La ronda nocturna de la Santa y Real Hermandad del Re-

fugio y Piedad, popularmente conocida como la Ronda del Pan y el Huevo, era una institución muy querida en Madrid. Nació en 1615 y, desde entonces, tres cofrades consagraban las madrugadas a patrullar la ciudad y socorrer a los necesitados. Les daban ropa de abrigo, asilo en las hospederías de la congregación y, sobre todo, aquello que auspició su alias: un panecillo y dos huevos. También recogían enfermos que agonizaban en las esquinas y demenciados que charlaban con ellas. A los unos los trasladaban al lazareto; a los otros, a la casa de locos de Zaragoza, porque, pese a su prolija red de conventos, iglesias y fundaciones pías, la Villa carecía de centros dedicados a seseras desgobernadas.

Para infortunio de Luisa, esa noche los hados no parecían dispuestos a allanarle el camino. La anhelada ronda no asomaba, la criatura que le arqueaba el vientre pugnaba por hacerlo y ella ni se planteaba acudir a un hospital. Ante una menesterosa preñada y soltera, allí se ceñirían al protocolo. Tras asistir-la en el alumbramiento, le quitarían el bebé, la acusarían de libertina y la mandarían a la Casa Galera, una cárcel femenina donde expiaban culpas ladronas, hechiceras, alcahuetas, vagabundas y, en general, mujeres de mala vida.

Varias religiosas administraban el presidio y se ocupaban de encauzar la senda cristiana de sus inquilinas, tarea que cumplimentaban de una forma cuando menos paradójica porque se empeñaban en mostrarles las bondades de Dios aplicándoles los tormentos de Lucifer.

Mientras las reclusas dóciles surcaban aquellos infaustos mares zozobrando lo imprescindible, las rebeldes enconaban la travesía nadando contracorriente, porfía inútil, sin embargo, pues siempre terminaban recalando en idénticas playas de sumisión.

El oleaje se desencadenaba en cuanto decían a las monjas que «cuando el hambre aprieta, la moral se agrieta» o alguna borricada similar. Tras semanas metidas en una mazmorra, a

oscuras, sufriendo riguroso ayuno, flagelaciones y un cilicio en el muslo, retornaban al redil más derechas que una vela e incondicionales a la ley de Abelardo: lo que opino me lo guardo.

Decidida a no acabar encerrada en un sitio tan horrible, Luisa llevaba meses eludiendo a los alguaciles. Su fe en la moral de Dios se tambaleaba y no le apetecían lecciones al respecto, mucho menos, en semejante escuela. Por eso, aunque el parto le quebrase las entrañas, solo aceptaría la ayuda de los únicos que, en vez de cursar su ingreso en el infierno, la atenderían y después le permitirían marchar: la Ronda del Pan y el Huevo.

Desorientada, escudriñó las tinieblas tratando de ubicarse, pero fracasó. No veía nada. Excepto los farolillos exteriores de las residencias aristócratas y los cirios de las hornacinas votivas que se encastraban en los chaflanes de algunas costanillas, ninguna otra candela iluminaba Madrid. De día no había problema; en cambio, al anoecer, una negrura insondable amortajaba la ciudad.

Caminando a tientas, llegó a la Puerta del Sol y, en ese instante, un espasmo brutal volvió a combarla.

En un desesperado intento de soslayar el presente, la muchacha se aferró al pasado y evocó a su madre cuando le contaba que en aquel lugar, ahora desprovisto de puertas, antaño se alzaba una que encaraba el este; que, como por ahí despier-ta el sol, le pintaron uno, y que probablemente ese fuera el origen del nombre: Puerta del Sol.

Presa de una nostalgia casi más lacerante que las contracciones, reanudó la marcha y se acercó a la fuente del Buen Suceso, enclavada al inicio de la calle Alcalá, pero, al hallarla en obras e inoperativa, soltó la enésima maldición del día.

Muerta de sed, se dirigió entonces a la fuente de los Caños del Peral. Era, sin duda, un desvarío fruto de aquel tremendo dolor que le nublabla el entendimiento porque nadie cabal escogería ese surtidor entre otros mejores y encima más cer-

canos. Quedaba al final del Arenal y le exigiría recorrer un trecho considerable en absoluto digno de la bebida que suministraba, un caldo turbio y de tal impureza que incluso abastecía los pilones de un lavadero aledaño. De todas formas, la brújula interior de la muchacha debía andar igual de desorientada que el sentido del gusto, pues ya había cubierto una distancia larga y la fuente no se perfilaba en el horizonte.

Resollando exhausta, se secó el sudor que, pese a la glacial temperatura y su calamitoso atuendo, la empapaba. Vestía camisa de pechos de un blanco histórico y un corpiño de paño tosco pero recio, gracias a lo cual sus costuras habían resistido el desafío de las curvas gestacionales. Una falda agujereada y raída le ocultaba las piernas mas no los pies, sensual parte de la anatomía femenina que, aunque una dama decente nunca exhibía en público, ella no podía evitar hacerlo porque la creciente redondez de su vientre había elevado la tela hasta adquirir el obscuro aspecto actual.

Al principio, intentó arreglar el problema estirando la prenda hacia abajo o colocándosela a la altura de la cadera. Incluso se agenció unas medias de cordellate, tejido típico de gente humilde, pues su tupida urdimbre de lana y estambre capeaba bien las cornadas de la miseria. Sin embargo, la normal progresión de las circunstancias trababa los púdicos afanes de la joven porque, entre la falda, que no detenía su avance hacia el cielo, y las medias, que lucían tan deshilachadas como ella misma de trillar descalza el terreno, cualquier amago de decoro era un brindis al sol.

El transcurso de los meses le minó el empeño y, al final, claudicó. Desnuda de honra, encinta a ojos de ciego y con la soltería prendida en la frente, ¿qué importaba enseñar los pies? Además, aunque ni falda ni medias los tapaban ya, sí lo hacía una espesa película de mugre que, adherida a la piel como el moho a la roca, proporcionaba una trinchera de castidad imposible de profanar.

El colofón a la desoladora indumentaria de la moza lo ponía un manto destartado que, pese a incumplir de manera notable su función de abrigo, al menos camuflaba la bochorrosa preñez.

Un virulento agujonazo en el vientre la forzó a pararse de nuevo y, al tiempo que ella doblaba el cuerpo, doblaron las campanas en los templos.

—¿Dónde demonios estoy? —musitó, desconcertada al sentir el alboroto clerical demasiado cerca—. ¿Por qué oigo espanta albures y no el agua de la fuente?

Al escrutar las sombras e identificar el torreón de la iglesia de San Justo y Pastor, advirtió que, en lugar de enfilarse el Arenal, había cruzado la calle Mayor, atravesado la plaza de San Salvador y desembocado en la plazuela del Cordón.

Se preguntaba atónita cómo había equivocado tanto la ruta cuando otra bravía contracción la sacudió. En un hercúleo esfuerzo por sofocar un aullido de dolor, se mordió los labios. No podía permitirse gritar. Hordas de maleantes asolaban la ciudad e iba aviada como alguno la sorprendiera trasegando el crepúsculo en solitario. Debía permanecer en silencio; sobre todo, ahora que, tras nueve tañidos, las campanas habían anunciado el fin de la jornada y vaciado las calles de gente.

Los mercados se desmontaron y los comercios echaron el candado. Después de proclamar el noticiario, describir el averno a los pecadores, vocear fruslerías o chillar «a la rica castaña», pregoneros, predicadores, buhoneros y castañeras se esfumaron.

En las cocheras de las mansiones se aparcaron opulentos carruajes; los pícaros se apoltronaron en la mesa de algún bodega prestos a invertir en alimento las faltriqueras hurtadas, y los tahúres trasladaron a una casa de apuestas las partidas comenzadas en la lonja de una iglesia.

Santeros, alquimistas, costureras, lacayos, criadas, barate-

ras, damas, ayas, galanes, escuderos, pajes, frailes y el infinito etcétera de personajes y personajillos que atestaban la calzada durante el día desaparecieron. También los perros, gatos, gallos, gallinas, pavos, gorrinos y resto de fauna acostumbrada a campar en libertad se recogieron al toque de completas. Todos marcharon a sus respectivos hogares y, una luna más, los sintecho heredaron la intemperie.

Absorta en un desgarrador rosario de contracciones que ya se sucedían en intervalos mínimos, Luisa avanzaba fatigosamente. Trataba de paliar el calvario respirando a un ritmo acompasado, pero ni un leve alivio conseguía. Con manos crispadas, se palpó el pecho y asió la medalla de la Virgen del Carmen que su padre le regaló.

—¡Ayudadme, padre! —gimió, acongojada—. Ayudadme o no lo resistiré.

Casi a rastras, alcanzó la plaza de Puerta Cerrada. No le extrañó encontrarla despejada de la turba que solía abarrotarla. La formidable nevada no invitaba a pasear y era lógico que el personal se mantuviera a resguardo. Lo mismo habría hecho ella; de tener resguardo, claro.

En cualquier caso, no prestó excesiva atención a la poca o mucha concurrencia del recinto porque otra cosa acaparó todo su interés: la fuente de Diana, el recién inaugurado monumento que lo presidía y que, amén de irradiar belleza, ofrecía unas aguas finísimas de extraordinaria calidad.

Desfallecida, se acodó en el pretil y bebió. Aunque se escarcho la lengua, hubo de aplaudir la fama de esos caños, pues el trago en verdad le supo a gloria.

Más tranquila tras saciar la sed, se replanteó la situación y admitió que precisaba ayuda. No soportaba semejante suplicio y, llegados a aquel punto, aceptaría entrar en un hospital, en la Galera o en el mismísimo infierno con tal de mitigarlo.

Un salvaje golpe de viento zanjó tan sensatas cavilaciones y la derribó. Intentando hacer caso omiso a las feroces e ininte-

rrumpidas convulsiones del vientre, exprimió el escaso coraje que le restaba para reptar hasta una vivienda y pegarse al muro. Le habría gustado permanecer allí apoyada, pero temió perder el conocimiento, de modo que se obligó a incorporarse.

De repente, un áspero berrido rasgó el silencio.

—¡Agua va!

Una tromba de inmundicias sólidas y líquidas llovió encima de Luisa. Chorreante e incrédula, la joven cayó de rodillas en mitad de un charco hediondo y rompió en llanto.

Como, pese a su desconsuelo, la prudencia le advirtió que, o se apartaba, o corría serio riesgo de recibir un segundo vertido fecal, tiró de arrojo y, a paso derrengado, regresó junto a la fuente.

Se disponía a lavarse cuando, de pronto, el mundo comenzó a girar. Mareada, se desplomó y, al instante, una cálida penumbra la envolvió en su abrazo. Dejó entonces de percibir dolor; tampoco sentía hambre, ni cansancio, ni frío. Solo notaba paz; mucha paz.

La prudencia volvió a zarandearla. Tenía que abrir los ojos y levantarse. Y tenía que hacerlo rápido; antes de que fuera demasiado tarde. Pero sus piernas ignoraron la orden. Ni siquiera su voluntad obedeció. Muy al contrario, la invitó a olvidar las cautelas e internarse en aquel dulce abismo. Y ella, incapaz de resistirse, aceptó.

Así, libre ya de los corchetes de la cordura, se acurrucó en el suave armiño de la ingravidez, se relajó y se durmió.

Entregada la última remesa de ropa limpia en la Inclusa, Saturnina se dirigía a casa.

Era lavandera y gallega, un binomio bastante común en Madrid porque la mayoría de inmigrantes norteñas terminaban en los pilones del Manzanares frotando sueños rotos en piedra de realidad. Frotaban y frotaban esperando lograr algo

de lo que fabularon cuando emprendieron viaje a la Corte, pero era en vano. Aquellos ya lejanos sueños resultaban cada vez más flácidos, y la piedra, cada vez más dura.

Lloviera, ventease, helara o quemase el sol, antes del alba Saturnina marchaba a la Puente Segoviana e iniciaba el descenso al río. Tras cavar un hoyo en los areneros hasta fabricar una pileta, embutía las rodillas dentro, acoplaba la tabla de lavar y doblaba el lomo. Así saludaba la jornada y, a menudo, así la despedía. Y, como ella, muchas más comadres que ya desde la amanecida alborotaban la ribera fluvial. Unas faenaban en exclusiva para un convento o una casa particular; otras, para quien querían y si querían, circunstancia harto privilegiada a ojos de Saturnina, que, perteneciente a esta modalidad, prefería el gobierno de sí misma al de un patrón.

Con todo, esa variedad no era ni tan gozosa ni tan susceptible de libertades. Aquel oficio de sacrificada brega e ínfimo jornal dejaba muy poco margen a la voluntad y, como el hambre no entendía de autonomías que no tintinearan, Saturnina trabajaba para quien la contratara y, gustase o no, lo hacía a diario. Encima lavaba ajuares de nulo atractivo. El Hospital General, el de los Desamparados, el de Antón Martín, el de la Latina y la Inclusa constituían su parroquia, lugares que no generaban la amable colada de una familia o una comunidad religiosa, sino sábanas excrementadas, prendas regadas de vómito, paños impregnados de miasmas contagiosas o vendas sanguinolentas que se usaban una y otra vez hasta quedar reducidas a pingajos putrefactos e inservibles.

Blanquear semejante festival de pringue le exigía un vigor en la fricción y tal cantidad de horas arrodillada, encorvada y calada que ya no recordaba el aspecto ni de sus manos ni de sus rodillas. Las tenía siempre tan desolladas e inflamadas que habían perdido su forma y parecían cualquier cosa menos lo que eran.

El peculiar autogobierno de Saturnina también le baldaba

las piernas porque, cuando no penaba en el río restregando y enjuagando trapos mugrientos, lo hacía en las cuevas de Madrid acarreándolos. Aunque los achaques le dificultaban los paseos, ni se le ocurría recurrir a los esportilleros. Estos muchachos, que, a cambio de medio real, cargaban mercancías en una cesta de mimbre y las llevaban donde les ordenasen, la habrían asistido encantados, pero Saturnina no se fiaba, pues lo depositado en las esportillas nunca llegaba íntegro a puerto. Además, le costaba demasiado ganar cuatro tristes monedas para siquiera ceder una a esos tunantes estiradados. Por si fuera poco, era un gremio de enclenques y lo mismo, después de pagarles, todavía le tocaba a ella remolcar esportilla y esportillero.

Esa noche regresaba al hogar pensando en la olla de berzas y abadejo que cenaría. Cierto que el menú adolecía de fuste, pero el sueldo no permitía nada diferente; sobre todo, en la época fría. El sol, si es que asomaba, apenas calentaba, y la ropa, si es que no se congelaba, tardaba en secar, avatares ambos que mermaban el número de piezas despachadas. Y, como a menos piezas, menos cuartos, de octubre a marzo el jornal adelgazaba a la misma velocidad que ella. En esos meses solo se licenciaba unas gachas en el desayuno y dos cebollas en el almuerzo, paupérrimas comidas que convertían las humildes berzas nocturnas en un festín palaciego.

Mientras engañaba la gusa masticando un mendrugo de pan rescatado del suelo, tensó la tela de la falda en el ánimo de recolectar las migas, pues cualquier residuo era oro en la guerra contra el hambre. Una anémica melodía metálica emergió entonces del bolsillo y, al escucharla, soltó un exabrupto. Trajinando desde la aurora hasta desriñonarse y lo recaudado no le alcanzaba ni para saciar el apetito de un jilguero desganado.

Sin dejar de maldecir su infausta suerte y también al temporal de nieve, que no amainaba, se ciñó la pañoleta a la cabeza, se embozó en el manto de felpa, se ajustó las polainas de lana e, inquieta pero impotente, inspeccionó sus abarcas. Le

preocupaban porque estaban tan desgastadas que casi no tenían suela y le frustraban porque no podía redimirlas del tajo. Si su pobre salario no le posibilitaba sumar unos míseros ajos a las cebollas del almuerzo, mucho menos se planteaba renovar el armario.

Resignada a la idea de terminar recorriendo Madrid con los pies descalzos, atravesó la plazuela del Conde de Barajas y, al llegar a Puerta Cerrada, se fijó en un bulto que había cerca de la fuente de Diana.

Imaginando que se trataba de un cadáver, se dispuso a hacer lo normal en aquellos casos: cachearlo y cosechar lo que de seguro el difunto ya no necesitaría. Al principio, el tufo que desprendía le torció el gesto, pero luego aparcó los remilgos y sonrió ilusionada. Quizá acabase el día agenciándose un pellizco que le procurase algún antojo.

Por desgracia, en cuanto arrimó la llama del torzal al caído y vio a una preñada inconsciente, sus delirios gastronómicos se desvanecieron. No se perdió en lamentos, sin embargo. Después de poner un dedo bajo la nariz de la chica y verificar que respiraba, la envolvió en el manto, se la cargó en los hombros con apenas esfuerzo gracias a sus corpulentas hechuras y, tirando el torzal para liberar una mano, retomó camino. Lo había transitado incontables veces y ni luz requería.

Cruzó la plaza de la Cebada y enfiló la calle Toledo, diócesis oficial de forasteros, rufianes, curdas y prostitución donde se sucedía tal cantidad de reyertas que siempre había alguaciles merodeando. Como no deseaba toparse con ninguno ni reportar sobre la moza, Saturnina aligeró la carrera impasible al permanente hedor que, procedente del matadero, infestaba la avenida. Estaba acostumbrada a él y, además, aquella muchacha no olía mucho mejor.

Próxima a la puerta de Toledo, se detuvo a la altura de una casucha ruinoso. El adobe de la estructura agonizaba, decenas de agujeros rellenos de paja poblaban el tejado, la carcoma

había engullido el vano de los dos ventanucos y la desvencijada cancela ni siquiera encajaba en el marco. Al plantarse ante ella, Saturnina le arreó tal coz que el chamizo entero vibró.

Accedió a la única pieza de la vivienda y se dirigió a un jergón situado al fondo donde en ese momento su esposo Gregorio roncaba a placer. La abrupta aparición no lo espabiló; el pencazo que la recién llegada le atizó sí.

Saturnina lo sacó del catre a empujones y recostó a la desconocida. La tapó con una manta de tela basta y le metió en la boca un cazo del codiciado guiso de berzas.

Al instante, Luisa recuperó la presencia de ánimo y, desorientada, miró en derredor. Cuando clavó los ojos en las vigas de madera corroída que artesonaban el techo, no se intuyó en ninguna mansión, pero la existencia de un candil de garabato sobre una mesa vino a confirmárselo. Aquellos artefactos eran el colmo de la miseria y, en consecuencia, la fuente de luz habitual en hogares limosneros.

La imagen que ofrecía el resto de la estancia apuntaló sus conjeturas: las paredes estaban repletas de humedades; la tierra del suelo, enfangada, y el hueco de los ventanucos, recubierto con ajadas láminas enceradas que, de manera poco fructífera, protegían del relente. Los postigos se encontraban abiertos y más allá de las rejas, pintadas en el azul típico de toda casa pobre, se extendía la noche.

Junto a la entrada había un par de sillas y una añosa mesa de pino. Bajo esta, una banasta albergaba cebollas, y otra, chuscos duros del pan moreno propio de las faltriqueras esmirriadas, pues solo los principales podían asumir el prohibitivo precio del pan blanco o del candeal.

En la esquina un armario de cedro almacenaba cestillos de mimbre tristemente vacíos, excepto uno que contenía garbanzos, y en un rincón una bacinilla desportillada rebosante de fluidos orgánicos aguardaba a que dieran las diez, hora a partir de la cual el reglamento municipal autorizaba a sacar los

residuos a la vía pública. No obstante, como imperaba la desobediencia, los vecinos no solo ahorraban puerta y discurso tirándolos por la ventana al breve grito de «agua va», sino que encima lo hacían fuera de las franjas horarias establecidas.

En un lateral un minúsculo hogar templaba la estancia y mantenía tibio el único caldero de Saturnina. Allí la mujer preparaba distintas versiones de olla podrida, aunque, en realidad, no se diferenciaban demasiado unas de otras, pues el escueto surtido de ingredientes que podía permitirse frustraba cualquier conato innovador.

De una espetera enganchada al muro colgaban varios utensilios de cocina y un pollo. El hedor putrefacto que despedía el animal aconsejaba meterlo en la basura mejor que en el puchero, pero un buen adobo de vinagre y pimienta, además de ablandar la carne e imprimir carácter al potaje, camuflaría su muy probable sabor a solera.

Un rústico banco instalado frente al fuego propiciaba tertulias al amor de las brasas, aunque, si la leña apilada junto al hogar era toda la prevista para la época invernal, y lo era, más valía que la charla no se prolongara en exceso o que, al menos, se terciase acompañada de mantas.

Varios lienzos de temática pía intentaban disimular la humedad de las paredes. Ciertamente, en lugar de vestir el arte, lo embestían, pero poco importaba, pues no existía morada madrileña desprovista de cuadros. Ya podía el inmueble estar cayéndose a pedazos que ningún madrileño, ni rico ni pobre, renunciaba a jactarse de poseer la mejor colección pictórica de la Villa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Luisa a los dos rostros expectantes que la escrutaban.

—Estáis a buen resguardo, ruliña —contestó Saturnina con un marcado acento gallego—. Os encontré desmayada en Puerta Cerrada y sabe Deus dónde habríais acabado de no llegar yo. Mínimo, en la Galera de mulleres.

Al oír la palabra *galera*, Luisa saltó del camastro presta a largarse echando diablos. Después de burlar a los alguaciles durante meses, no se encomendaría ahora a unos foráneos de jerga extraña que, antes del Ave María Purísima, le mentaban ese horrible lugar.

—¿Dónde vais, aloucada? —se alarmó Saturnina—. Volved al lecho. No tiene moitas lanas, pero cumplirá.

Luisa ignoró la demanda; no así la criatura, que, reacia a debutar como ser humano en una costanilla nevada y con el firmamento por techo, en cuanto advirtió las intenciones de su madre, le propinó la contracción definitiva.

—¡Gregorio! —gritó Saturnina al ver el círculo acuoso que se estaba dibujando a los pies de la chica—. ¿Qué carallo hacéis ahí entiesao, carajaula? El neno ya llegó. Pechad los postigos. ¡Rápido!

—¿De qué neno habláis? —farfulló Gregorio, rascándose la canosa pelambreira desconcertado—. Es una nena. Bullanguera cual rebaño de ovejas tristiñas, pero nena.

—¡Cuanto más tonto del pandeiro, más fanfurriñeiro! Si le diera una cuerda, el muy cabestro se ahorcaría con ella. ¿Qué pensáis que hay en su barriga? La han preñado, ha roto aguas y hemos de asistirla.

—¿Qué decís que ha roto? —inquirió Gregorio—. Yo no veo nada ro...

Cuando el resto de la información horadó su amodorrada sesera, boqueó aterrado.

—¿Asistirla? ¡Virxe do Cebreiro, Satur! ¿Se os ha escacharrado la cachola? ¿En serio pretendéis que la rapaza bote el neno aquí?

—Debe parir ya y yo la atenderé. Si pensáis arrimar el hombro, pechad los postigos, pero, si vais a seguir temblando de miedo como un caguñas, entonces, fuera de aquí, que mucho hace quien no estorba.

Tirada en el suelo, Luisa contribuía al caos del momento

retorciéndose de dolor, resoplando y soltando desgarradores aullidos.

Saturnina apartó a Gregorio de un empujón y se acercó a la muchacha. La ayudó a incorporarse y luego la instaló en una de las banquetas que había dispuesto junto al fuego.

—Lo lamento, querida —se excusó en tanto le levantaba la falda—. No tenemos esas sillas de parto que usan las donas ricas. Este modesto asiento es lo único que hay.

El alumbramiento resultó arduo.

Luisa moría cada vez que su cuerpo expulsaba vida. Lloraba, chillaba y volvía a llorar. Se aferraba al taburete, a la medalla de la Virgen del Carmen, a las piernas e incluso a las callosas manos de Gregorio, que, apostado a su espalda, contemplaba atribulado la tortuosa tarea de parir y el no menos complicado desafío de nacer.

Desconocedora del protocolo, pues nunca había participado en un parto ni como paciente ni como matrona, Saturnina actuaba según le sugería el instinto. Abanicaba a Luisa, le masajeara el vientre, respiraba al mismo ritmo que ella y la animaba a empujar.

Por fin, el niño logró cruzar el angosto desfiladero que lo separaba del mundo y desembarcó en él. Cuando cortaron el cordón, vínculo de su antiguo hogar, se agitó inquieto y, cuando le golpearon las nalgas, estrenó pulmones.

—Es un galopín —anunció Saturnina, que se apresuró a envolverlo en una frazada de lana—. Un galopín fornido y rollizo.

Postrada en el catre donde Gregorio acababa de acomodarla, bañada en sudor y sangre e iluminadas las pupilas de ternura, Luisa observaba al bebé. ¡Un varón! ¡Qué orgulloso se sentiría su padre sabiéndose abuelo de un caballere!

—¿Cómo lo llamaréis? —inquirió Saturnina.

—Gabriel —respondió la muchacha sin vacilar—. Era el nombre de mi padre.

—¡Magno! —celebró Gregorio mientras cogía al pequeño de brazos de su esposa y lo aguantaba en el aire frente a él—. Madrid ya tiene un nuevo soldadito. Capitán Gabriel, bienvenido a este mundo cruel.

—¡No seáis bárbaro! —recriminó Saturnina, recuperando al niño, que berreaba desconsolado—. Tranquilo, raparigo. No es tu culpa. Yo también me asustaría si, según nazco, me ponen delante a semejante espantallo. ¡Menudo parraque me daría!

La mujer lo depositó sobre el pecho de Luisa y arrojó a ambos. En cuanto percibió el olor de la leche, el pituso olvidó las cuitas y se agarró al alimento.

Luisa le acarició la todavía deformada cabeza e, incapaz de reprimir la emoción, rompió a llorar.

Con el ánimo de respetar la privacidad de la lactancia, Gregorio y Saturnina fueron a sentarse en el banco para comentar el episodio en voz baja. Tras una breve tertulia, se apoyaron el uno en el otro y, exhaustos, se durmieron.

En el camastro, Gabriel continuaba comiendo y Luisa continuaba llorando. Pero aquellas lágrimas ya no albergaban emoción, sino tristeza. Aunque anhelaba cuidar de su bebé, soltera e indigente, solo podía ofrecerle penurias. Sabía, pues, lo que debía hacer y pensarlo le partía el corazón.

Cuando Gregorio y Saturnina despertaron, hallaron el jergón vacío. Madre e hijo habían desaparecido entre brumas de pasado roto y futuro incierto.